

lidad, é interesándose poco en el triunfo de la fe, si le costaba algun afan ó cuidado, permitió no obstante que Hilario y Ausencio tuviesen una conferencia en presencia de algunos otros Prelados. Ausencio que no podia igualarse con tal antagonista, recurrió segun acostumbraban, al stratagema y á la impostura. Confesó en términos espresos al *Hijo verdadero Dios*: pero por una sutileza perjura y miserable hacia recaer la calificacion de *verdadero* sobre el nombre de *Hijo*, y no sobre el de *Dios*; de modo, que entendia que el Hijo era verdaderamente Hijo, y no verdaderamente Dios. Temiendo Valentiniano ver demasiado claro y prevenido por otra parte en favor de Ausencio, no quiso que se profundizase el equívoco, creyó Católico al Obispo Arriano, comunicó con él y mandó á Hilario que saliese de Milán.

55. No pudiendo hacer otra cosa este celoso Doctor, compuso un escrito dirigido á los Prelados ortodoxos, para mostrar con toda claridad el engaño de los sectarios, é impedir que se dejasen engañar por el fantasma de la paz, ó por el atractivo del favor. Deciales, esforzándose á comunicarles el heroismo de su santo valor: „os pido que reflexionemos de qué socorros se sirvieron los primeros ministros del Evangelio. ¿Qué Potentados ayudaron á los Apóstoles á hacer adorar al Hijo del Eterno bajo la forma de un esclavo, y hacer pasar á casi todas las naciones de la afeminada y monstruosa idolatria al culto austero del Dios de toda santidad? ¿Los sostenian por

ventura los oficiales del César cuando cantaban las divinas alabanzas al son de las cadenas y bajo la mano de los verdugos? ¿Formó Pablo la Iglesia de Cristo con los edictos de Nerón de quien fue víctima? ¿Sosteníanse sus discípulos por la proteccion de Domiciano ó Decio? Al contrario, ¿no fue el odio de estos Príncipes el que vencido dió el mas hermoso esplendor á la doctrina celestial? Mas hoy parece que las ventajas humanas hacen la fe recomendable: y queriendo los habladores políticos autorizar así el nombre de Jesucristo, intentarian persuadir que este es débil por sí mismo.”

Despues entra Hilario en el fondo de la disputa, y hace visible la indignidad de la impostura de Ausencio, lo que no era difícil. Por esto pues, penetrado siempre del principal riesgo de seduccion, que era el amor ó pretesto de una paz y de una union mal entendida: „no me cansaré, dice, de repetirlo: vosotros confundís groseramente las cosas, y delirais de una manera indisciplinable dejándoos engañar por el solo nombre de unidad, ó haciendo consistir la Iglesia en el lugar y edificio material. ¿No se nos ha dicho que el Anti-Cristo se sentará en los mas augustos santuarios? Las selvas, las grutas, los calabozos, estos son en tales ocasiones los mas seguros, asilos y estos fueron los lugares donde el Espíritu Santo habló á los Profetas. Hemos buscado con todo nuestro cuidado, hermanos míos, la paz verdaderamente ansiada y saludable: pero los secuaces de las potestades del mundo y del infierno la alejaron siempre pa-

ra substituir la paz del impío, la union y la conspiracion contra la obra de Dios. Así se manifiestan no predicadores de Jesucristo, sino ecos del Anti-Cristo. Reuna pues su caudillo contra mí cuantos conciliábulo quiera, decláreme herege el herege, hágame pasar por tal en las conversaciones y carteles públicos, según sus tramadas de costumbre, mueva contra mí á todas las potestades del mundo, calificándome de intempestivo y revolucionario: siempre será para mí un demonio mientras sea arriano. ¡No quiera el adorable Redentor que yo haga nunca la paz con otros que con los que confiesan, según los decretos de Nicéa, que este Señor es verdadero Dios, y anatematizan sin violencia á los hipócritas ó escandalosos que blasfeman de su divinidad!”

Hace aquí una reflexion provechosa en todos los tiempos el santo Doctor, y principalmente en aquellos en que los novadores disfrazados usan de un lenguaje nuevo, para ocultar sus impiedades. „¿De dónde proviene, dice, que con pastores hereges los pueblos perseveran Católicos? Se les enseña que Jesucristo es Dios, y le creen verdadero Dios. Se les enseña que es Hijo de Dios, y le creen de la misma naturaleza que su Padre: se les enseña que es ante todos los tiempos, y le creen eterno. Los oídos del pueblo son mas santos que los corazones de los ministros.” De este modo podemos añadir, después de tantas otras heregias, los simples fieles guardaron la fe de la Iglesia sobre los Sacramentos, entretanto que unos sutiles novadores volvian en nada con sus es-

plicaciones ó restricciones el sentido natural de los símbolos que admitian en público (*).

Restituyóse San Hilario desde Milán á su diócesis, y allí murió tres años después consumido de los trabajos inmensos, que este Atanasio del Occidente, para pintarle de un solo rasgo, no cesó nunca de padecer por la Iglesia, á que se creyó siempre deudor desde su elevacion al episcopado. Hicieron su culto tan célebre sus grandes empresas honradas con un gran número de milagros y lo mucho que sufrió por la fe, que en algunos antiguos sacramentarios se halla su nombre inserto en el cánon de la misa después de el de los Mártires. Su estilo es sublime, lleno de entusiasmo y fuego, y tan vehemente, que San Jerónimo comparándole al río mas caudaloso que baña las provincias en donde vivia el santo Doctor, le llama el ródano de la elocuencia latina. Llegan á decir algunos críticos que á veces se enardece, y pasa los límites prescritos: pero aun lo que parece haberse escapado, se esplica con facilidad por la serie de los testos, y el cuerpo de su doctrina evidentemente católica. Siempre da este Padre, verdaderamente profundo, en las cosas particulares que asegura, alguna prueba digna de consideracion. Si dice, por ejemplo, que Judas no recibió el cuerpo del Salvador en la última cena, funda su dictámen en al-

(*) Y de este modo tambien los fieles han conservado la verdadera creencia sobre la gracia de Dios, y la libertad del hombre á pesar de todas las añagazas de los que falsamente se han querido titular discípulos de San Agustin.

gunas palabras del Evangelio, donde le parecía que Jesucristo habia fijado la posesion del reino de Dios á esta primera comunión. Tenemos de San Hilario á mas de los doce libros de la Trinidad, el tratado de los Sínodos; y tres escritos contra los Arrianos, comentarios sobre la mayor parte de los salmos y sobre el Evangelio de San Mateo, y creen que los compuso en parte despues de su retiro de Milán para la instruccion de su pueblo. Sobrevivió poco San Eusebio á San Hilario, y es lo único que sabemos del santo Obispo de Vercelis desde que se separó de este digno amigo.

56. Respecto á San Atanasio, cuyos dias nunca fueron mas preciosos á la Iglesia que despues de morir estos dos grandes hombres, tenia aun muchos trabajos y combates que sufrir: mas confiado en los inmensos recursos de la Providencia, sin inquietarse por lo futuro, se sirvió de la calma presente para restablecer la integridad de la fe, el orden y la disciplina en su vasta diócesis, y hacer que floreciese la piedad. Hizo su visita general parte navegando en un barco, y parte caminando en un asno; equipage poco conforme verdaderamente á la eminencia de su dignidad; pero innumerables eclesiásticos, santos solitarios, y aun Obispos, le salian á recibir en todas partes, y le honraban infinitamente mas que á toda la ostentacion de la grandeza. Por donde pasaba, pueblos enteros le salian al encuentro: y cuando viajaba de noche, á lo que obligaban muchas veces los calores del África, su camino era una iluminacion continua. Deteniase de

tiempo en tiempo, y con aquel don prodigioso que tenia para predicar, enternecia á todos hasta hacerlos verter lágrimas; su ejemplo solo y la memoria de lo mucho que habia sufrido por la fe, era suficiente para mover á sus oyentes á sacrificarlo todo por ella.

En un barco subió el Nilo, y llegó hasta Távena á los célebres monasterios de San Pacomio, donde habia muchos millares de cenobitas parecidos á las compañías de los espíritus celestiales, ocupados solo en el cuidado del alma, y en la observancia de las reglas que habian recibido del cielo. Conocian todos la santidad de su primer Pastor, y lo que habia hecho y sufrido por la Iglesia: y este florido campo habia servido muchas veces de materia á sus conferencias piadosas. Con demostraciones indecibles de alegría y veneracion corrian á recibirle comunidades enteras cantando salmos, y despues himnos compuestos en homenaje suyo como si estuviera ya en el número de los bienaventurados. Disputábanse á porfía los Abades mas venerables el honor de tomar la brida de su caballería: el Obispo que no era menos humilde que ellos, se resistió lo mejor que pudo, y quiso echar pie á tierra: mas tuvo que permitir para la pública edificacion los testimonios de honor que tenian por raíz una fe tan fervorosa.

57. Quedó el Santo edificado en extremo con las admirables virtudes que florecian en aquellas áridas soledades. No tenian mas pensamiento que santificarse ancianos, niños, personas de todas edades. Aunque no todos habian arribado á la cumbre de la perfec-

cion, no habia con todo ni uno que no suspirase por llegar á ella. En las comunidades reinaba un orden maravilloso, y sus superiores experimentados conocian profundamente y muy por menor las disposiciones personales de cada uno de sus súbditos. Estaban repartidos en veinticuatro sociedades, marcada cada cual por una de las letras del alfabeto, que servian aquí de símbolos figurativos, segun el gusto de los Egipcios. Distinguíanse por la letra I los hermanos mas sencillos, los menos ingénuos por la X, ó por las demás letras formadas de muchos rasgos; de modo que la inspeccion de estos signos geroglíficos, comprendidos solo por los mas espirituales, recordaba incesantemente á estos vigilantes directores lo que les importaba no perder de vista.

58. Entre las personas de diverso sexo habia una santa emulacion: porque las mugeres querian aventajarse á los hombres, no tan solo en pureza de conciencia y en piedad, sino tambien en las prácticas mas austeras de la penitencia: heroismo pasmoso que principiò por la hermana de San Pacomio, que habiendo ido á visitar á su ilustre hermano, cuyo nombre era cada dia mas famoso, el santo Abad mandó decirla, que le bastaba saber que gozaba de salud, y que importaba poco á criaturas destinadas para el cielo verse en la tierra con ojos corporales. Era sensible el corazon de Pacomio despues de haber sido reformado por la gracia: pero el Señor tenia sus designios inspirándole esta dureza. Al oír la contestacion de San Pacomio la tierna hermana vertió muchas lágrimas.

mas. Poseida no obstante mas de admiracion que de dolor, tomó la resolucion de imitar una vida que demostraba sentimientos tan celestiales. Pacomio lleno de alegría, mandó á sus discípulos que la edificasen un monasterio separado del suyo por el Nilo, y en poco tiempo se llenó de vírgenes, á quienes la emulacion tan activa en este sexo igualó, si no escedió, á los hombres en penitencia y fervor: mas se tomaron todas las precauciones, para que la misma conformidad de inclinaciones y costumbres virtuosas no ocasionase familiaridad alguna. Los únicos que visitaban á estas siervas de Dios eran los mas viejos y experimentados: ya para instruirlos y guiarlos por las sendas estrechas de la virtud, ya para otros servicios indispensables: de manera que las visitas eran tan cortas, que estos Padres espirituales volvian á comer á sus monasterios y nunca comieron con las religiosas so pretesto alguno.

En las visitas de estas santas casas que pudo el vigilante Patriarca observar de espacio, quedó admirado, no tanto de estas inmensas sociedades de ángeles terrenos de ambos sexos, como de la comunicacion enteramente divina que veía entre criaturas revestidas de una carne tan frágil. Contáronle una infinidad de milagros obrados por este pueblo de santos; cuyas admirables virtudes le parecieron aun mucho mayor prodigio. Hubiera querido quedarse mas tiempo entre unos objetos tan capaces de detenerle allí: pero precisado á volver al centro de su numeroso rebaño, recogió y llevó en su corazon abundante mate-

ria para sus piadosas reflexiones; y lo que es mas, para alimentar de continuo su piedad, escribió la vida de San Antonio, y la de algunos de sus mas fieles imitadores.

59. Estaban en el resto del Oriente muy lejos de disfrutar de la misma felicidad, ni de la misma union que el Egipto. Agitaba la division sobre todo á los fieles del Asia, y la mayor parte de las principales Iglesias tenian Prelados Arrianos ó Semiarianos. Profesaba siempre Eudósio de Constantinopla el puro arrianismo, y desde que Valente fue elevado á la Sede de Mursa, no habia mostrado exteriormente la impiedad que ocultaba en su interior. Ignorábase tambien lo que debia pensarse de Acacio de Cesaréa, obligado á suscribir á la consubstancialidad en el corto reinado de Joviano. Así los Macedonianos ó Semiarianos formaban el mas fuerte, ó el menos reservado de los dos partidos que dividian el arrianismo.

Suplicaron á los Emperadores, y obtuvieron el permiso para celebrar un Concilio en Lámpsaco, cerca del estrecho del Helesponto. Cuasi las mismas resoluciones tomaron aquí que en el famoso conciliábulo de Seleucia, ó en el de la Dedicacion de Antioquía, que tanto tiempo antes les servia de norma; esto es, se atuvieron á la asercion de que el Hijo de Dios es parecido al Padre en substancia. Anularon todo lo que habian ordenado Eudósio y Acacio, cabezas principales de aquellos Anomeos impíos que llegaban al extremo de desechar de todo punto la semejanza del Hijo con el Padre: se restableció, como injustamente opri-

nidos, á los Obispos depuestos por estos rígidos Arrianos, y sin dilacion enviaron sus decretos al Emperador Valente para que los confirmase. Habia prevenido ya el artificioso Obispo Valente, no solo al Emperador, sino á cuantos tenian algun crédito en su corte: y así apenas llegaron los Diputados de Lámpsaco, les exhortó el Príncipe á convenirse con Eudósio: pero como resistieron haciéndole presente las dificultades que tenian para ello, los confinó poniendo á sus enemigos en posesion de sus Iglesias.

60. Estaba muy irritado el Emperador de que osasen reprobar el Concilio de Rímíni, al que manifestó por fin su adhesion. El principal apoyo del partido Macedoniano, era Eleusio de Cícico, y Valente reuniéndose con los Obispos Arrianos, le mandó comparecer, y le dijo que abrazase su comunión. Eleusio al principio hizo una bella defensa de la causa que defendia; despues en un momento repentino de terror firmó todo lo que se exigia de él: pero poseido al instante de un arrepentimiento sincero y dócil á las impresiones de la gracia que ilustró súbitamente su alma con las mas puras luces de la fe, se apresuró á huir de unos lugares tan peligrosos á su virtud. Despues de llegar á su diócesis, retractó con valor su cobardía mas con lágrimas que con discursos, y él mismo pidió su deposicion; pero el pueblo que le amaba y veneraba en él virtudes admirables, mostró el mayor respeto á su grande franqueza y humildad. No trató mejor Valente á los ortodoxos que á los Semiarianos: los Novacianos mismos, porque profesaban

ban la creencia de la Trinidad fueron comprendidos en la persecucion, y se cerraron las Iglesias que tenían en la ciudad Imperial. Los Católicos no las habian recobrado aun desde que se las quitó el Emperador Constanzo.

61. El Señor convirtió en gloria suya y en bien de su Iglesia unas vejaciones tan perjudiciales. Concibieron los Semiarianos una aversion irreconciliable á los puros Arrianos, y se resolvieron á abrazar la comunión de los ortodoxos, mas bien que la de sus comunes perseguidores. No pudiendo reunir un Concilio numeroso en un solo lugar, porque los observaban muy de cerca, hicieron muchas pequeñas asambleas en varias provincias del Asia menor, donde convinieron en recurrir al Emperador Valentiniano y al Papa Liberio. Diputaron á este efecto á Eustacio de Sebaste, Silvano de Tarso, y Teofilo de Castabala en Cilicia, con encargo de no mover cuestion sobre la palabra *consustancial*, sino abrazar sin modificacion la creencia y comunión de la Iglesia Romana.

No hallaron los diputados en Italia á Valentiniano, ni osaron pasar á las Galias, porque la guerra con los bárbaros hacia los caminos muy arriesgados: y dirigiendo todas sus miras al Sumo Pontífice le entregaron al punto sus cartas de creencia. Temia Liberio alguna nueva sorpresa de estos Orientales, á quienes miraba como hereges: mas le testificaron que siempre habian abominado el error: que no habian hallado mejor medio de cortar el escándalo, que venir á confesar la fe de un modo uniforme con la madre de todas las Igle-

sias: que conocian por último la urgente necesidad de adherir á los santos decretos de Nicéa, no solo en la substancia de las cosas, sino tambien en las palabras tan sabiamente empleadas contra la perfidia de los Arrianos: y que su conducta debia parecer tanto mas íntegra cuanto habian confesado siempre que el Hijo de Dios es parecido al Padre en un todo; lo que era creerle con efecto consustancial, como lo confesaban ahora espresamente.

El Pontífice les pidió su profesion de fe por escrito, y la dieron como hoy existe: en ella transcriben á la letra el símbolo de Nicéa, y condenan todas las heregias y todos los hereges, añadiendo una cosa digna de notarse por la relacion que tiene con nuestras formalidades jurídicas, y con nuestros usos: „si en lo sucesivo intentase alguno acusacion contra nosotros ó contra los que nos han enviado, venga con cartas de vuestra Santidad ante Obispos ortodoxos: sufra con nosotros el juicio de los que vos nombreis, y al que se le convenza, castíguesele.” Por esto se ve que á pesar de los disturbios del Oriente, la autoridad del Papa no dejaba de reconocerse. Admitió Liberio, á vista de unas promesas tan sólidas, á los Semiarianos arrepentidos á su comunión, y no sabemos que los inquietasen sobre el dogma del Espíritu Santo: ya porque las reliquias del partido no se hubiesen explicado aun sobre este artículo del modo que lo hicieron despues, y que les atrajo la condenacion auténtica de toda la Iglesia, ó mas bien porque hubiese mirado la recepcion pura y simple del símbolo de

Nicéa por medio de sus comisarios, como una confesion suficiente de este punto de fe. Los envió pues en paz con una epístola dirigida á sesenta y cuatro Obispos Semiarrrianos ó Macedonianos, y en general á todos los Prelados Católicos del Oriente. Deciales en ella, que todos los que habian sido sorprendidos ó violentados en Rímíni, habian vuelto casi sin escepcion á la profesion de la buena doctrina, y que habian anatematizado formalmente la esposicion de este dañoso Concilio, suscribiendo á la fe de Nicéa, y que mostraban la más viva indignacion contra Arrio y sus sectarios.

62. Murió algun tiempo despues de este feliz suceso, á 24 de Setiembre del año 366, el Papa Liberio, y finalizó su carrera con toda la gloria que habia ilustrado la mayor parte de un Pontificado de más de catorce años, la que su caída, sea la que fuere, no ha podido obscurecer. Está reparada esta debilidad pasagera por tantos rasgos de un valor perfectamente sostenido despues de su arrepentimiento, que San Basilio, San Ambrosio, y otros Doctores de igual autoridad le dan el título de bienaventurado: y en efecto se venera como Santo en algunas Iglesias (1). Elijóse en su lugar pocos dias despues de la muerte de Liberio á Dámaso, Español de nacimiento, cuyo padre mereció ser promovido al grado de Sacerdote de la Iglesia Romana. Contaba á la sazón mas de sesenta años, en los cuales habia dado continuos egemplos de ingenio y virtud, y de un amor extremo á los sanos y rectos principios.

(1) *Apud Bolland. Mens. Septem.*

63. A pesar de este mérito tan singular de Dámaso, creyóse injustamente pospuesto el Diácono Ursino, y reuniendo una tropa de sediciosos dispuso que le consagrasen Obispo de Roma contra todas las reglas: pero la mayor y mas sana parte del pueblo siguió á Dámaso, cuya eleccion prevaleció, no sin disensiones y derramamientos de sangre. Al fin el Emperador usó de su autoridad para sostener al Pontífice legítimo, y arrojó al sedicioso Ursino. Principiaba ya el Pontificado á ser una dignidad de mucho esplendor, y por consiguiente á escitar la ambicion y codicia. Amiano Marcelino dice, contando la historia de este cisma: „no me admiro de que los que pretenden el Pontificado de los Cristianos, hagan los mayores esfuerzos para alcanzarle: pues los constituye en un estado fijo de honor y fortuna, en el cual las oblaciones de las señoras de Roma les procuran riquezas inagotables. En público no salen sino con equipages magníficos, ni se presentan sino vestidos magestuosamente; y la delicadeza de su mesa compite con la de los Reyes (1).” Échase de ver en este tono amargo, que aquel autor Gentil consultaba mas á su malignidad y á sus preocupaciones que á la verdad. Tambien Pretextato electo Cónsul, dijo al Papa Dámaso, que le exhortaba á convertirse: „cededme vuestra dignidad y al punto seré Cristiano.” Quanto puede colegirse prudentemente de estas hipérboles irónicas es, que ya entonces el Pontificado estaba revestido de cierta magnificencia particular. Hace Marcelino mas justicia á diversos

(1) *Ammian. Marcel. lib. 7. cap. 3.*

